

## MARÍA EN LA VIDA DEL CREYENTE DE HOY

Manuel Cortés, SM,  
Madrid, 17 de enero de 2011

El Centro Marianista de Formación me pidió una charla con este título dentro del ciclo de Jornadas de la Familia Marianista preparado para este año “chaminadiano”, bajo el lema general “Todos sois misioneros”. El criterio básico con el cual se había confeccionado el programa de este curso era, cito textualmente, “*hacer resonar la actualidad de las intuiciones básicas del P. Chaminade en y para el mundo y la Iglesia de hoy. Este criterio queremos aplicarlo de tal modo que las conferencias no aborden tanto lo que dijo en su época cuanto cómo se plantean hoy esos mismos temas fundamentales y qué exigencias nos están demandando a sus hijos desde una fidelidad creativa*”.

Me pareció una perspectiva muy interesante y acepté con mucho gusto compartir con vosotros unas reflexiones sobre María hoy, tema central en la vivencia de nuestro carisma, que por algo llamamos “marianista”, en el que estoy particularmente interesado. Para demostrarlo basta recordar que le he dedicado mis dos primeras circulares a los hermanos de la Compañía de María. Igualmente, quiero traer aquí a la memoria que en agosto de 2007, en el encuentro de Pozuelo, dedicamos también una buena parte de nuestra reflexión a María. Por lo tanto, mi intervención de hoy no parte del vacío. He dicho ya mucho anteriormente pero voy a tratar de presentarlo de otro modo, más sintético y ajustado al propósito de este ciclo de conferencias.

Para ello, voy a centrar mis reflexiones en torno a cuatro apartados:

1. ¿Qué ha pasado con María en la vida del creyente de nuestro tiempo?
2. Redescubriendo y recuperando a María.
3. El puesto de María en la historia de la salvación y su importancia en la vida cristiana.
4. Renovando la vivencia de la dimensión mariana de nuestro carisma.

Espero que el coloquio subsiguiente nos ayude a desarrollar o profundizar lo que quede simplemente esbozado.

### **1. ¿Qué ha pasado con María en la vida del creyente de nuestro tiempo?**

Empiezo por aclarar que, cuando hablo aquí de “creyente” no me estoy refiriendo a “los otros creyentes” sino a todos, incluidos nosotros mismos, religiosos y laicos comprometidos con nuestra fe. ¿Qué ha pasado con María en nuestra vida?

Permitidme comenzar con pequeño relato autobiográfico al respecto. Lo escribí en la presentación de una ponencia que se me pidió para el Congreso Mariano de Zaragoza de septiembre de 1998. Decía así:

“Mi primer contacto con la Mariología propiamente dicha (disciplina teológica que aparece propiamente en el s. XVII, a partir del momento en que empieza a considerarse a María como objeto singular de reflexión, separado del resto de las disciplinas teológicas) fue en el Noviciado, al principio de la década de los sesenta. Todavía no se había inaugurado el Concilio Vaticano II. Un anciano y bondadoso padre, ayudado de un manual al uso en nuestras casas de formación (CUEVA, Bernardo, *Doctrina y vida marianas*, Madrid, S.M., 1953), nos cantaba las excelencias de María al más puro estilo de lo que en plena reflexión conciliar algunos teólogos llamaron, con cierto aire de crítica, la “mariología de los privilegios”. No era desacertado el apelativo porque, efectivamente, partiendo de la maternidad divina como el gran privilegio singular de María (tema obligatorio en la primera parte del tratado), la reflexión mariológica entonces al uso, se dedicaba con ahínco a “deducir” de él otros privilegios que la honraban y la ensalzaban (segunda parte del tratado). La “deducción” se hacía aplicando al principio fundamental (la maternidad divina) los principios secundarios de “singularidad”, “conveniencia”, “eminencia” y “analogía con Cristo”. Aquel “potuit, deuit, ergo fecit” (pudo, fue conveniente, luego lo hizo), referido a Dios como sujeto y a María como objeto, y el famoso “de Maria nunquam satis” (de María nunca bastante), eran los dos adagios latinos conductores en este camino de contemplación mariana. Resultaba, así, una imagen de María sobrecargada de títulos singulares, que parecía hincharse por sí misma, cada vez más alejada de la imagen evangélica original. Aquella mariología no me ayudó nada a superar mis vivencias infantiles de María y a integrarla en una vida de fe que comenzaba a ser más reflexiva y lúcida. Y a pesar del carácter mariano de mi vocación religiosa, María se me hizo distante, paradójicamente distante.

Llegó inmediatamente el Concilio con toda su controversia en torno al tema de María y, de la mano de los escritos del P. Laurentin, acogí con admiración el ya clásico capítulo VIII de la Constitución *Lumen gentium*<sup>1</sup>. Pero, interesado más por otros campos de la teología, que se abrían también con apasionante novedad por aquella época, dejé un tanto arrinconada la contemplación de María. Por otro lado, tampoco había lugar para ella en el currículo de los estudios teológicos en la facultad en donde los hice. Tras el Concilio, curiosamente, se había hecho como un gran silencio sobre María en la Iglesia - o, al menos, así lo sentía yo - del que reconozco era copartícipe, sin que ello me inquietara especialmente por más que, de cuando en cuando, cada vez que me recordaba a mí mismo el “apellido” de mi consagración religiosa, no dejara de experimentar una cierta mala conciencia.

La recuperación de María me llegó con posterioridad, ya en pleno ministerio, empujado por dos necesidades a las que sentí debía dar salida con urgencia: la de presentar de manera adecuada la figura de María en la catequesis y en la enseñanza, y la de dar cuenta del carácter mariano de mi vocación religiosa. La primera necesidad apareció en cuanto me encontré como sacerdote ante un pueblo de Dios perplejo entre la devoción tradicional a María y una teología que revolucionaba todas sus perspectivas anteriores sin decir una palabra sobre

---

<sup>1</sup> Dos libros de este autor me ayudaron mucho entonces: *La question mariale*, Éd. du Seuil, Paris 1963 (tr. esp.: *La cuestión mariana*, Madrid, Taurus, 1964) y *La Vierge au Concile*, Lethielleux, Paris 1965.

*Ella; la segunda, en cuanto empecé a tener que asumir algunas responsabilidades formadoras y capitulares en mi propio instituto”.*

Junto a este breve relato autobiográfico personal, creo que es bueno traer a colación aquí otro dato “autobiográfico”, éste colectivo, de la Compañía de María, al que hice alusión en mi primera circular. Reunidos en el Capítulo General de 1996, los capitulares recibimos una moción, promovida por los responsables de la Marian Library y el IMRI de nuestra universidad de Dayton, en la que se pedía se evaluara la recepción que había tenido la Regla de Vida de 1981 en la Compañía y añadía: *“Nos gustaría sugerir dicha evaluación, sobre todo en relación con nuestro carácter mariano”*. La moción se apoyaba en tres observaciones: *“1. Percibimos un cierto desasosiego entre los marianistas respecto a la imagen de María. Algunos parecen considerarla como esencial en nuestra espiritualidad; otros experimentan cierta dificultad a la hora de darle un puesto importante en sus vidas personales; otros consideran a María como una fuente de inquietud. Ella sería como un estigma que hace que la SM sea conservadora y sentimental... 2. Notamos también una dificultad creciente a la hora de captar y de vivir algunos aspectos específicos, centrales en la espiritualidad mariana. Por ejemplo: la maternidad espiritual de María, nuestra alianza con María, la imitación de Cristo en su actitud respecto a María, la consagración a María. 3. Finalmente, observamos una falta de un fuerte dinamismo mariano apostólico...”*

Motivado por la moción, el Capítulo encargó que se hiciera una encuesta entre todos los religiosos de la Compañía sobre la vivencia del carácter mariano de nuestro carisma. Comentando el resultado de la encuesta, el P. José María Arnaiz escribía: *“A veces en la Compañía no se sabe qué es lo que conviene hacer o qué dirección tomar para entregarnos a María. Sobre todo para darla a conocer y hacerla amar... La AG y las Administraciones de las Unidades deben promover la elaboración de un plan definido y claro para conseguir que María ocupe el puesto que le corresponde en la vida de los marianistas... El survey ha puesto en evidencia que necesitamos una mariología seria... No se puede vivir hoy día con la formación mariana recibida hace 30 años. Entrar en el misterio de María nos exige aprender, renovar nuestras ideas, nuestros sentimientos, nuestros comportamientos”*.<sup>2</sup>

El Concilio Vaticano II dio un giro importante a la perspectiva desde la que se venía reflexionando sobre María en la teología pre-conciliar, en la que, como ya he dicho, María constituía un “aparte” de la teología. Consecuencia de ello fue que su devoción se hubiera transformado en muchos casos, sin querer, en un “además”, un añadido, a veces forzado e incómodo en la oración, el culto o las homilías. El Concilio reaccionó frente a esta tendencia, reubicando y contemplando a María en el marco de la Historia de la Salvación. Los padres conciliares no aceptaron tratar de María en un documento aparte, propio, como había sido previsto por la comisión preparatoria, sino que reservaron para ella el último capítulo, el octavo, de la Constitución *Lumen gentium* sobre la Iglesia. La contemplación conciliar de María quedaba así integrada, con toda su singularidad, en la historia y en la realidad del Pueblo de Dios. Como han hecho notar los comentaristas, el Concilio hizo el paso de una mariología de “privilegios” a una mariología de “anticipación”. María es la criatura que “anticipa” y prefigura en sí misma el camino de

---

<sup>2</sup> J.M. ARNAIZ, P. GONZÁLEZ-BLASCO, J. ROTEN, *Con María hacia el futuro*, SPM, Madrid 2000, p. 61.

la Iglesia, el camino de la vida cristiana. El resultado fue una presentación sobria de María, la del famoso capítulo VIII de la LG, que algunos no tardaron en llamar “minimalista”, pero que era de una gran profundidad.

Como ocurre siempre, la asimilación de un cambio de perspectiva de este tipo no se hace de un día para otro y, después del Concilio, se produjo en la Iglesia un periodo de “afasia mariológica”. Mientras tanto, la piedad popular seguía practicando con tanto o más fervor sus devociones marianas, alimentada más por lo que tienen de proyección afectiva y psico-social que por una sana perspectiva teológica. Y nosotros, viviendo “la cuestión mariana” incómodamente tensionados entre una especie de invierno mariológico en lo teológico, por un lado, una piedad popular que continuaba venerando con fervor la figura de María por medio de sus prácticas tradicionales, por otro, y las exigencias de la vivencia de nuestro carisma, que es esencialmente mariano, en lo espiritual y en lo apostólico.

Pero finalmente, este tiempo, como todo tiempo de crisis, ha resultado ser necesario para renovar y purificar nuestra imagen de María. De hecho, en los últimos veinte años estamos asistiendo a un verdadero resurgir de la reflexión mariológica en la Iglesia. Estimulada por la perspectiva conciliar y por el magisterio de los dos últimos pontífices, (no podemos dejar de citar aquí dos documentos importantes en la estela dejada por el capítulo VIII de LG: la exhortación apostólica *Marialis cultus* de Pablo VI y la encíclica *Redemptoris Mater* de Juan Pablo II), y apoyada en la exégesis y en la teología bíblica, no cesa de poner de manifiesto la importancia histórico-salvífica de la persona de María en la Hora de Cristo y de la Iglesia, así como su valor de icono teológico, eclesiológico y antropológico. Muchas y buenas publicaciones dan cuenta de ello.

## **2. Redescubriendo y recuperando a María.**

Para redescubrir y recuperar a María hemos de adentrarnos por el camino bíblico. Fue el camino adoptado por el Concilio en el capítulo VIII de *Lumen gentium* y sería también, más adelante, el de Juan Pablo II en *Redemptoris Mater*. Os invito, pues, a ir al encuentro de María recorriendo el mismo camino que recorrió el Nuevo Testamento hasta integrarla en el anuncio de la Buena Nueva. De entrada puede parecer extraño o chocante hablar del “camino que recorrió el Nuevo Testamento hasta integrar a María”, pero así fue.

Efectivamente, si bien María se encuentra en el origen mismo de la Nueva Alianza, no se aludía a ella en la proclamación primigenia de la Buena Nueva, condensada en el kerigma. Sólo con posterioridad aparecerá asociada al anuncio de Jesucristo, el Hijo de Dios, el Señor. Podemos, pues, decir que el Nuevo Testamento recorrió un camino desde la primera predicación kerigmática hasta su incorporación al anuncio de la Buena Nueva de Jesucristo. Percibir y recorrer este camino nos ayudará a encontrar a María en el lugar que le corresponde en la historia de la salvación y, así, podremos situarla conveniente y adecuadamente en la fe y en la vida cristiana.

Cuando abrimos el Nuevo Testamento en busca de María y vamos recorriendo los distintos estratos que lo han ido configurando, la primera impresión es de cierta

perplejidad. Hay tradiciones enteras que no nos hablan explícitamente de ella (toda la tradición paulina y el resto de las cartas, por ejemplo) y otras que lo hacen de modo rápido y un tanto chocante, que, de entrada, desconcierta (Marcos y las demás tradiciones recogidas en la vida pública de Jesús según los sinópticos). Hay que remontarse a las dos versiones de los llamados “evangelios de la infancia”, de Mateo y Lucas respectivamente, para encontrar una consideración más densa y sugerente de la figura de María. ¿Qué pasa, entonces, con ella? ¿Por qué no aparece en las cartas paulinas? ¿Por qué ese tratamiento de su figura, tan seco y distante en Marcos, por ejemplo?<sup>3</sup> Se diría que puede anunciarse y vivirse el evangelio sin “tanto bombo” sobre María...

Para ir dando respuesta a estas preguntas, empecemos por recordar que el Nuevo Testamento, en continuidad con el antiguo, trata de comunicarnos la revelación de Dios. En esa comunicación, como en toda comunicación, hay un contenido, un “mensaje”, una “buena noticia”, y un medio por el que se comunica, se manifiesta; hay un “qué” y un “cómo”. Ambos, mensaje y medio, palabra y acontecimiento, forman parte del anuncio de la Buena Nueva intrínsecamente ligados (cf. DV n. 2). El “qué” del mensaje, su contenido, es la proclamación del señorío de Cristo y podríamos sintetizarlo de esta manera: “Os anunciamos que Jesús de Nazaret es el Señor porque somos testigos de que en él se nos ha manifestado y con él ha llegado hasta nosotros la plenitud del Espíritu y, por lo tanto, la plenitud de la filiación divina. En él, Dios redime, rescata, recrea la humanidad comunicándonos su propia vida divina. Creed en él”. El “cómo” se nos ha revelado este mensaje es siempre un acontecimiento del que el anunciador es testigo. Y es precisamente aquí, en torno a la contemplación del “cómo” - que, recordemos, también forma parte del anuncio- donde se fueron fraguando las diferentes tradiciones en torno a los diferentes testigos en sus respectivos contextos comunitarios, siempre desde la unidad en el “qué”, en el contenido del mensaje, común a todas ellas.

Al recorrer los escritos de Pablo, por ejemplo, nos damos cuenta de que centra su contemplación del misterio de Cristo a través de su revelación mediante el acontecimiento de su muerte y resurrección. El señorío de Jesús, oculto en su vida terrena por despojo total de sí mismo hasta la muerte y muerte de cruz, se revela y queda patente en la **resurrección**. Él mismo confiesa que el “evangelio de Dios”, del que ha sido elegido apóstol, es “acerca de su Hijo, nacido del linaje de David según la carne, constituido Hijo de Dios con poder, **según el Espíritu de santidad por su resurrección de entre los muertos**, Jesucristo Señor nuestro” (Rm 1,3-4). Pablo no se detiene, por consiguiente, en los acontecimientos de la vida de Jesús de Nazaret para apoyar el anuncio del señorío de Cristo. Todos aquellos acontecimientos quedan englobados en lo que sería el tiempo de su *kénosis*, del “pasar por uno de tantos”, llevado hasta el punto, no ya de la no-manifestación de su señorío, sino de una auténtica contra-manifestación del mismo, asumiendo la condición totalmente opuesta a la de Señor, la condición de esclavo (Cf. Filp 2,6-11).

Si ésta es su manera de presentar el misterio de Cristo, ¿qué lugar ocupa en ella María? Inmediatamente nos damos cuenta de que es lógico que quede en el anonimato. En la

---

<sup>3</sup> Recordamos que en Marcos sólo hay dos alusiones directas a la madre de Jesús: en el episodio de la búsqueda de Jesús por parte de ella y de sus parientes (Mc 3, 31-35) y en el episodio de la visita de Jesús a su pueblo, Nazaret (Mc 6, 1-6).

perspectiva de Pablo, María no se encuentra en la puerta de la revelación del misterio de Cristo (Resurrección) sino, por el contrario, en la de su ocultamiento (*kénosis*). Por eso, María aparece simplemente aludida como la mujer de la que el Señor nace a esa condición carnal, del “linaje de David” (Rm 1,3) y “bajo la Ley” (Gal 4,4), nace en la “condición de esclavo, pasando por uno de tantos” (Filp 2, 7). Esto no quiere decir en absoluto que para Pablo no tenga importancia lo que ocurrió en la vida de Cristo antes de su resurrección. Todo lo contrario. Si la resurrección de Jesús constituye un mensaje de salvación para la humanidad es, precisamente, porque fue uno de nosotros, uno de tantos, porque “al que no conoció pecado, (Dios) le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él” (2Co 5, 21). Sin la *kénosis* de la encarnación la resurrección deja de tener sentido salvífico para el hombre.

Algo parecido ocurre con María en la tradición de Marcos, aunque su presentación del Señor sea muy diferente de la de Pablo. Para Marcos, y la tradición sinóptica común, en la revelación del misterio de Jesús sí que son importantes los acontecimientos de lo que se ha llamado su “vida pública”. Es más, el evangelio de Marcos se limita a ella, pues, como sabemos, empezando con la predicación de Juan Bautista en el desierto, terminaba originalmente con la muerte de Jesús en la cruz y la perplejidad y el miedo de las mujeres ante la tumba vacía. Marcos contempla y anuncia el misterio del señorío de Jesús partiendo de la manifestación de su filiación divina por la plena posesión del Espíritu a través del acontecimiento de su **bautismo** por Juan (Mc 1, 9-11). Por lo tanto, este señorío está ya presente y actuante en su vida terrena, pero es un secreto oculto en su humanidad por esa misma humanidad y sólo es conocido por los espíritus superiores, entre ellos los demonios (Mc 1, 24). Aunque se manifiesta en los milagros y en la autoridad de la palabra de Jesús (Mc 1, 27; 4, 41), esta manifestación es velada, no evidente, y para reconocerla como tal se hace necesaria, imprescindible, **la mirada de la fe**. Caben las revelaciones extraordinarias del misterio oculto en la humanidad de Jesús, como aquella de la que se beneficiaron los discípulos del Tabor (Mc 9, 2-8), pero incluso éstas no sirven de nada sin la fe, porque son momentáneas, transitorias, y tras el retorno a la vida cotidiana, se desvanece su impacto si no se es verdadero creyente, si no se vive de la fe (cf. Mc 14, 32-42). ¿Y quién es el verdadero creyente para Marcos? El que es capaz de “ver” más allá de la realidad humana de Jesús, de captar su filiación divina por encima de su fragilidad. Paradójicamente – y no sin cierta ironía – el verdadero creyente resulta ser un gentil, un centurión, que supo reconocer al “Hijo de Dios” en Jesús, incluso cuando su humanidad mostraba su lado más débil, cuando, condenado y ajusticiado, moría en la cruz (Mc 15,39)<sup>4</sup>. Por eso, Marcos insiste en hacernos ver que los que quedan como atrapados en la consideración de los orígenes humanos de Jesús, tienen dificultades enormes para acceder a la fe. Entre esos “atrapados” destacan sus parientes (Mc 3,21) y sus propios paisanos, para quienes la vecindad de la familia carnal de Jesús, con María como referente principal, hacía difícil que dejaran de considerarlo, simplemente, como “uno de tantos”. El mismo Jesús se maravillaba de su falta de fe (Cf. Mc 6,1-6). Así pues, en Marcos, como en Pablo, María no está, precisamente, abriendo la puerta de la manifestación del misterio de Cristo sino, por el contrario, la de su ocultamiento.

---

<sup>4</sup> Sabido es que Marcos hace de su evangelio una continuada e insistente exhortación a la fe (Mc 5, 34.36; 9, 23; 11, 22-23) y una fe desnuda (Mc 8, 11-13). Su comunidad necesita de esa fe en medio de la persecución, cuando se oscurecen todos los signos de la presencia y la acción de Dios. Jesús se lamenta profundamente de la tardanza de los discípulos en acceder a ella (Mc 4, 5; 9, 19).

Ahora bien, el misterio del señorío de Jesús no se manifestó sólo en los acontecimientos contemplados en Pablo y Marcos: la **resurrección**, el **bautismo**, la transfiguración, la vida pública. Su filiación divina por la plena posesión del Espíritu también se manifestó en la entraña misma del misterio de la **encarnación**, de su “hacerse carne”. Es lo que Mateo y Lucas nos anuncian con la revelación de su concepción virginal. En sus primeros capítulos, los llamados “evangelios de la infancia”, nos conducen hasta los orígenes mismos de la humanidad de Cristo. **Ésta no ha sido primero engendrada y después santificada, no ha recibido el Espíritu a posteriori sino que ella misma es fruto del Espíritu**<sup>5</sup>. Pero, claro está, **no sólo del Espíritu sino del Espíritu y de María**. Y así, de la mano de Mateo y Lucas, pero sobre todo de Lucas, llegamos al descubrimiento del lugar de María en el acontecimiento de Cristo al contemplar el acontecimiento de la **encarnación** como el acontecimiento revelador de la entraña profunda del misterio de su ser Hijo de Dios. **María** no está sólo en la puerta del ocultamiento de ese misterio sino que pasa a ser **medio revelador**, lugar de manifestación del mismo.

A la tradición lucana vendrá a unirse con posterioridad la joánica. Lucas y Juan harán del misterio de la encarnación el núcleo central de su anuncio evangélico, la raíz de la que brota la Buena Nueva de la salvación. La encarnación es el acontecimiento en virtud del cual la humanidad queda unida a Cristo y, por lo tanto, el que nos hace capaces de participar de su vida misma, copartícipes de su historia. Basta recordar el solemne prólogo del evangelio de Juan o la densa síntesis de los dos primeros capítulos de Lucas. Anclados en la raíz del misterio de la encarnación, serán los evangelios marianos por antonomasia y, por ello mismo, los evangelios **de María y del Espíritu**.

Los dos primeros capítulos de Lucas se nos presentan como un prólogo en el que se condensa de forma admirable el anuncio completo del misterio de Cristo, desde su encarnación (Anunciación a María) hasta su resurrección (Jesús, primero perdido y “tres días después” hallado en la casa del Padre), pasando por su muerte (Jesús excluido, que nace en un pesebre porque “no hay sitio para él”) y su revelación a los pobres (los pastores) y a aquellos que lo esperaban contra toda esperanza (Simeón y Ana). Esta especie de “minievangélico condensado” tiene un conductor de escena “en la sombra”, el Padre, dos protagonistas, el hijo Jesús y el Espíritu, y una coprotagonista, María, perfectamente definida e incluida por Isabel en la primera confesión de fe del evangelio como “la madre de mi Señor” (Lc 1, 43).

La primera aparición en escena de María en el evangelio de Lucas, es de personaje principal en tres pasajes encadenados entre sí: el anuncio del ángel (vv. 26-38), la visita a Isabel (vv. 39-45) y la proclamación del magnificat (vv. 46-56). Estos tres pasajes forman como un tríptico.

En el primer cuadro del tríptico, María está contemplada como la mujer “llena de gracia”, que acoge al Espíritu con la docilidad y la disponibilidad de una auténtica

---

<sup>5</sup> Poniendo en paralelo a Juan Bautista, engendrado y posteriormente santificado, y a Jesús, engendrado por obra del Espíritu Santo, Lucas nos lo hace ver con claridad. (Cf. en Lc 1 el contraste entre los versículos 15 y 35, así como la posterior santificación de Juan Bautista en el seno de su madre por el saludo de María: v. 44).

sierva de Dios. En contraste con la escena precedente del anuncio a Zacarías, aparece inaugurando en la historia de la humanidad la Nueva Alianza. Lucas la contempla como quien, **movida por la fe** y sólo por la fe, la sella con Dios en nombre de todos los hombres, como en otro tiempo lo hiciera Abrahán, padre de los creyentes, en nombre de todo el pueblo que de él se generaría. A los ojos de Lucas, María es verdaderamente **la primera cristiana, la madre de los creyentes**.

En el segundo cuadro, ella es la mujer que sale al encuentro de su pariente, llevando ya en su seno al Hijo, y con su saludo transmite el Espíritu. En el tercero, es la orante que celebra lo que Dios ha operado en ella. Ahora bien, **recibir** el Espíritu para engendrar al Hijo, **llevar consigo** la presencia del Hijo, **comunicar** el Espíritu y **celebrar** lo que Dios hace en ella, ¿no son, precisamente, las tareas que definen la vida de la Iglesia? ¿Cómo no pensar inmediatamente en una especie de paralelismo entre este comienzo del evangelio y el capítulo 2 de los Hechos, segundo libro de Lucas, en donde vemos a la primera comunidad **recibiendo** el Espíritu en Pentecostés (vv. 1-13), **comunicándolo** tras la primera predicación de Pedro (vv. 37-41) y **celebrando** el culto de alabanza a Dios (vv. 46-47)? Está claro que Lucas ha dibujado el tríptico de la anunciación-visitación-magnificat contemplando a María como la que ha vivido anticipadamente en sí misma lo que posteriormente viviría la comunidad cristiana, la Iglesia.

Dejándonos llevar por la maestría y la profundidad de esta contemplación lucana, descubrimos, pues, otra perspectiva, totalmente nueva, desde la que mirar a María. Ya no la estamos mirando sólo desde la contemplación del misterio de Cristo como “la madre del Señor”. De repente hemos descubierto que, ayudados por Lucas, la estamos mirando también -y esta es la novedad en nuestro camino- desde el misterio que nosotros mismos estamos viviendo en la Iglesia<sup>6</sup>. La Iglesia, coprotagonista con el Espíritu de los Hechos de los Apóstoles -segunda parte del evangelio de Lucas-, perpetúa en la historia el seno materno de María, en el que el Espíritu sigue engendrando la vida de Cristo en el que es ahora su cuerpo, es decir, en la comunidad. Así pues, María es contemplada por Lucas, al mismo tiempo, como el **icono del creyente e icono de la Iglesia**.

La perspectiva eclesial es también, con toda evidencia, la de la tradición de Juan en la contemplación de María. Aunque Juan es, sin duda, el evangelio de la encarnación por excelencia, no se detiene como Lucas a contemplar el papel de María en este misterio sino que, dándolo por supuesto -Juan nunca nombra a María por su nombre sino como “madre de Jesús” -, la contempla en la función que, desde la encarnación, tiene para el creyente. Ella es la mujer-madre del Discípulo Amado, reconocida y proclamada como tal por el mismo Jesús en la Hora suprema, cuando la salvación iniciada con la encarnación llega a cumplimiento en la muerte-resurrección de Jesús, llevando la naturaleza humana, engendrada en María, “su madre”, a su plenitud definitiva. María,

---

<sup>6</sup> Al llegar a este punto de nuestro camino bíblico, estamos en disposición de comprender los dos enfoques de la mariología: el cristotípico y el eclesiotípico. En las discusiones teológicas que se generaron en torno al tratamiento de María en el tiempo del Vaticano II, aparecían como enfoques contrapuestos ya que el “eclesiotipismo” se enarboló como bandera renovadora de la mariología anterior al Concilio que, como se puede deducir de lo que he comentado al principio, era claramente cristotípica. La novedad del capítulo VIII de *Lumen gentium* fue, precisamente, sacar a la luz, y rescatar del peligro del olvido, el eclesiotipismo mariano, muy presente tanto en la tradición bíblica como en la patrística, y hacer ver que ambas perspectivas se apoyan mutuamente y, en definitiva, son confluyentes.



“la madre de Jesús”, es para Juan el arquetipo de la Iglesia o, si preferimos, “memoria de la Iglesia”, expresión que Juan Pablo II gustaba de usar al hablar de ella.

### **3. El puesto de María en la historia de la salvación y su importancia en la vida cristiana.**

El camino que hemos recorrido de la mano del Nuevo Testamento nos ha ayudado a descubrir el puesto que ocupa María en la Historia de la Salvación, puesto único e insustituible, y, por lo tanto, en la vida cristiana. Su función es distinta de la de los apóstoles y va mucho más allá de la de servir de modelo o ejemplo de vida, como lo puede ser cualquier santo o santa, sino que está íntimamente implicada en la misma acción comunicativa de Dios, es copartícipe en ella.

En efecto, como acabamos de ver, la vida cristiana se basa en esa nueva relación que se establece entre Dios y la humanidad en María, relación en la que Dios toma la iniciativa y se comunica, se entrega a sí mismo para que la humanidad entre en comunión con él, participe de su vida divina. Después de lo visto en los evangelios, podemos decir que, en este misterio de comunicación divina, como en toda comunicación, también hay un contenido y un medio, un QUÉ y un CÓMO: el QUÉ es JESUCRISTO, el CÓMO es MARÍA.

Jesucristo es la PALABRA cumbre, definitiva, total, de Dios; María es la MADRE que le da carne, la ENCARNA, la hace humana y así, “audible”, “visible”, “palpable”, comunicable... La encarnación es el acontecimiento con el que se inaugura este nuevo modo, esta nueva “economía” de la relación entre Dios y la humanidad. Y se inaugura en María, por medio de ella. Y por ser ella el MEDIO del mensaje, pasa a ser también parte del mensaje (“en el medio está el mensaje”, dicen los entendidos en comunicación), forma parte del don comunicativo de Dios mismo, es indisociable del contenido del mensaje, de la PALABRA, del HIJO. La vida cristiana no se funda sólo en el “QUÉ” sino también en el “CÓMO” de la comunicación de Dios.

Esta contemplación de María como “medio” del mensaje que es Cristo, es la que está en la raíz de la inspiración carismática del P. Chaminade. No he hecho un estudio estadístico pero me aventuraría a afirmar que la frase evangélica referida a María más citada por él en sus escritos marianos, es, sin duda, la breve alusión a ella al final de la genealogía del evangelio de Mateo: *Maria ex qua natus est Iesus (María, de la cual nació Jesús)* (Mt 1,16). En todo caso, esta cita figura ya en la primeras Constituciones de la Compañía, escritas por él, y los religiosos marianistas hemos querido mantenernos fieles a esta perspectiva suya en la nueva Regla de Vida (1983) cuando, al definir nuestra vocación, afirmamos que nos sentimos llamados por Dios “*a seguir de una manera especial a JESUCRISTO, Hijo de Dios, HECHO HIJO DE MARÍA, para la salvación de los hombres*” (RV a.2).

Al hacer esta afirmación estamos reconociendo que, en palabras de un teólogo actual, “*María es medio y mensaje; María es mediadora-matriz de un mensaje (Jesús) mediante la acción del Espíritu Santo; María es mediadora de un mensaje entre la*

*humanidad y Dios, pero también es el mensaje mismo de la humanidad y sobre la humanidad, que la humanidad dirige a Dios: la humanidad habla de sí misma a Dios mediante la experiencia existencial de María, María es la mejor respuesta de la humanidad a Dios; **María es, pues, para la humanidad, el “contexto” favorable para la construcción de una comunicación entre la humanidad y Dios** (per Mariam ad Deum). Si Jesús es el lugar histórico de la comunicación entre Dios y la humanidad, María es el correspondiente lugar histórico de la comunicación entre la humanidad y Dios, siempre bajo la acción del Espíritu Santo”.<sup>7</sup>*

La vida cristiana en cada uno de nosotros se fundamenta en esta comunicación entre Dios y la humanidad en la encarnación. A través de la experiencia vital de María, Dios nos revela el “cómo”, la dinámica interna de este misterio de relación íntima, profunda, sobrenatural, entre un ser humano y el Espíritu Santo, en virtud de la cual el Hijo de Dios toma carne humana. María es el *icono* de ese misterio, el lugar del acontecimiento de la Palabra, el seno humano auténticamente creyente que, por su fe, entregada incondicionalmente a la acción del Espíritu, hace posible la generación del Hijo en medio de nuestra historia.

Permitidme ilustrar esta afirmación con las palabras de Benedicto XVI en su reciente exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* (30 de septiembre de 2010):

*“Los Padres sinodales han declarado que el objetivo fundamental de la XII Asamblea era «renovar la fe de la Iglesia en la Palabra de Dios»; por eso es necesario mirar allí donde la reciprocidad entre Palabra de Dios y fe se ha cumplido plenamente, o sea, en María Virgen, «que con su sí a la Palabra de la Alianza y a su misión, cumple perfectamente la vocación divina de la humanidad». **La realidad humana, creada por medio del Verbo, encuentra su figura perfecta precisamente en la fe obediente de María.***

(...)

*Es necesario ayudar a los fieles a descubrir de una manera más perfecta el vínculo entre María de Nazaret y la escucha creyente de la Palabra divina. Exhorto también a los estudiosos a que profundicen más la relación entre mariología y teología de la Palabra. De esto se beneficiarán tanto la vida espiritual como los estudios teológicos y bíblicos. Efectivamente, **todo lo que la inteligencia de la fe ha tratado con relación a María se encuentra en el centro más íntimo de la verdad cristiana. En realidad, no se puede pensar en la encarnación del Verbo sin tener en cuenta la libertad de esta joven mujer, que con su consentimiento coopera de modo decisivo a la entrada del Eterno en el tiempo. Ella es la figura de la Iglesia a la escucha de la Palabra de Dios, que en ella se hace carne. María es también símbolo de la apertura a Dios y a los demás; escucha activa, que interioriza, asimila, y en la que la Palabra se convierte en forma de vida**” (VD 27).*

En palabras de Stefano de Fiores, “(María)... es como el **microcosmos del misterio de la fe**. No se encuentra en una zona periférica y marginal del misterio cristiano sino que, por voluntad de Dios, ha entrado en el núcleo vital de la historia de la salvación (LG,

---

<sup>7</sup> CIBIEN, Carlo, *Comunicazione*, en: AA.VV., *Mariologia*, San Paolo, Cinisello Balsamo 2009, p.288.

65). *María es, al mismo tiempo, un centro de unidad y un hogar de irradiación del misterio divino*".<sup>8</sup>

Ahora bien, este misterio de fe y de acción del Espíritu que es la encarnación, no sólo fue un acontecimiento puntual acontecido en el seno de María. Aquel acontecimiento inauguró, como hemos dicho, un nuevo modo de relación entre Dios y el hombre, modo que se perpetúa en el tiempo a lo largo de la historia, para nosotros y en nosotros. Cristo sigue tomando cuerpo en la humanidad cuando ésta se hace María.

*“Contemplando en la Madre de Dios una existencia totalmente modelada por la Palabra, también nosotros nos sentimos llamados a entrar en el misterio de la fe, con la que Cristo viene a habitar en nuestra vida. San Ambrosio nos recuerda que todo cristiano que cree, concibe en cierto sentido y engendra al Verbo de Dios en sí mismo: si, en cuanto a la carne, sólo existe una Madre de Cristo, en cuanto a la fe, en cambio, Cristo es el fruto de todos. Así pues, todo lo que le sucedió a María puede sucedernos ahora a cualquiera de nosotros en la escucha de la Palabra y en la celebración de los sacramentos” (DV 28).*

Como decía un eximio mariólogo del siglo XX, con la respuesta de María al ángel, nace en la historia “la personalidad cristiana”.<sup>9</sup>

Es evidente que el reconocimiento y la contemplación de María en el misterio de la encarnación es condición *sine qua non* para comprender el núcleo central de la vida cristiana. Y viceversa, la comprensión del misterio que está en la raíz de nuestra vida cristiana, nos ayuda a captar y comprender el papel de María en ella. Esta circularidad nos permite, por un lado, centrar nuestra vivencia cristiana y, por otro, ir ahondándola cada vez más, enraizándola en el misterio del que brotan y se alimentan todos los demás aspectos que la configuran. Sin María, es decir, sin misterio de la encarnación, nuestra relación con Dios quedaría anclada en el Antiguo Testamento, encerrada en el cumplimiento de una Ley, limitada a ser respuesta a un Dios que indica el camino desde la distancia por boca de sus heraldos, entre los cuales Jesús, aunque lo reconociéramos como “el” heraldo por excelencia, no dejaría de ser uno más. Con María, es decir, anclados con ella en el misterio de la encarnación, la relación con Dios queda enraizada en ese misterio de autodonación de sí mismo por puro amor, que llamamos “gracia” y que nos hace hijos con el Hijo, coherederos de su gloria.

Permitidme citar aquí, una vez más, estos párrafos de Karl Rahner que ya conocéis los que me habéis oído o leído en otras ocasiones pero que, a pesar de todo, quiero volver a recordar, no sólo por lo que concisa y admirablemente dicen sino también por la incontestable autoridad de quien lo dice: “¿Qué es el cristianismo?... El cristianismo no es algo que el hombre inventa o descubre. Tampoco es la elevación del hombre a Dios por sus propias fuerzas. Y tampoco es, principalmente, un cumplimiento de mandamientos dados por Dios para que los realicemos por nosotros mismos. El cristianismo es la obra del Dios vivo en nosotros: es lo que nos da él, el Dios vivo de la gracia, en el perdón y la

<sup>8</sup> DE FIORES, S., *María nel mistero di Cristo e de la Chiesa*, Monfortane, Roma 1995, p. 141.

<sup>9</sup> Heinrich Köster, citado por DE FIORES, S., *María paradigma antropologico per il terzo millennio*, en: AA.VV., *María “aurora luminosa e guida sicura” della nuova evangelizzazione*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2002, p.43.

*redención, en la justificación y en la comunicación de su propia gloria. Pero como lo que Dios nos da no es en definitiva su don creado, sino él mismo, el cristianismo, finalmente, es el mismo Dios eterno que viene al hombre y que actúa en el hombre por su gracia, de manera que éste abre libremente su corazón para que penetre en el pobre corazón de esa pequeña criatura la total, espléndida, infinita vida de Dios trinitario. (...)*

*¿Qué es el cristianismo perfecto? ... El cristianismo perfecto debe consistir en que el hombre reciba este don del Dios eterno, que es Dios mismo, con una libertad imbuida de gracia; que lo acoja con cuerpo y alma y con todas las fuerzas de su ser, con todo lo que es y lo que tiene, lo que hace y padece a fin de que esa recepción englobe la totalidad del ser del hombre y toda su historia, para introducirla en la vida eterna de Dios.*

*Cristianismo perfecto debe significar que se adecuan perfectamente profesión y vida personal; lo que sucede a plena luz y en la historia y lo que acontece ocultamente en la profundidad de la conciencia; que se haga patente lo que se realiza en lo más íntimo de la vida cristiana y que, a la vez, lo que se manifiesta en el exterior sea la aparición externa de lo sucedido en lo íntimo del corazón ante Dios. El cristianismo en su forma perfecta debe significar además que ese perfecto cristianismo del cristiano se dedica sin reservas a la salvación de los demás... Si tal es el cristianismo perfecto, podemos y debemos decir: María es la realización concreta del cristianismo perfecto, (...) es realmente la perfecta cristiana; es, en cierta manera, la realización concreta y representativa de la redención en su forma más perfecta... En ella se manifiesta, en cierto modo, el significado de Iglesia, gracia, redención y salvación de Dios”.<sup>10</sup>*

Conduciéndola al “misterio raíz”, es decir, al misterio de la encarnación, María salva el verdadero carácter cristiano de nuestra vida de fe, que no deriva de la aceptación de unas verdades ni del cumplimiento de unas normas sino de la relación interpersonal de fe y de comunión con Dios que ella vivió “para la salvación de los hombres”. No es de extrañar, pues, que su presencia en nuestra vida cristiana se difumine, e incluso se esfume, cuando anda por derroteros racionalistas o moralistas, entregada al simple discurso o al mero compromiso ético. En cambio se hace cada vez más patente y más luminosa a medida que nos adentramos en el camino de la experiencia del misterio que nos habita, la experiencia “mística” como centro nuclear de nuestra vida espiritual, la que San Juan de la Cruz definía, sencilla y admirablemente, como “advertencia amorosa del Dios presente”.

#### **4. Renovando la vivencia de la dimensión mariana de nuestro carisma.**

Si lo que hemos visto hasta aquí puede ayudarnos a redescubrir y resituar a María en la vida cristiana, también nos sirve de ayuda para recuperar el sentido y la vivencia de la dimensión mariana de nuestro carisma marianista. Y con mayor razón, pues ya he hecho ver cómo la contemplación del papel de María en la encarnación es el punto de partida de la visión carismática del P. Chaminade.

Ahora bien, esta contemplación adquiere en él tintes peculiares. Lo que caracteriza de modo particular la contemplación chaminadiana del papel de María en la encarnación es

---

<sup>10</sup> RAHNER, K., *María, Madre del Señor*, Herder, Barcelona 1967, pp. 42-46.

entenderlo como expresión de una auténtica misión de María, inspiradora, a su vez, de nuestra propia misión como marianistas.

Como ya hemos visto en nuestra reflexión precedente, la salvación de Dios para el mundo tuvo en María su puerta de acceso. Aconteció con Jesucristo, el Hijo de Dios, pero no pudo acontecer sin María. Ella es la persona humana indisolublemente asociada al Hijo de Dios en la historia. Gracias a ella, el Hijo de Dios es acontecimiento, es historia... y la historia queda así recuperada, por él, con él y en él, para el plan de Dios, roto por el pecado.

Pues bien, si esto fue así, y se trata de recuperar el presente de nuestra historia para reintroducirlo en el plan salvífico de Dios -piensa el P. Chaminade-, la humanidad necesita de nuevo a María. Se trata, pues, en cierto modo, de volver a ser María en nuestro mundo, en el aquí y ahora de la historia. Se trata de prolongar su misión, su papel en la historia de la salvación. Es así cómo su preocupación misionera ante un mundo que de repente se descubre increyente, encontró en la contemplación de María la respuesta al qué hacer. Por eso fundó un movimiento apostólico inspirado en María, por eso, los marianistas, siguiendo su inspiración, seguimos haciendo alianza con María ***“para asistirle en su misión”***.

Dos son, sobre todo, los misterios salvíficos que el P. Chaminade contempla en María, que son para él como las dos caras de una misma e indisoluble realidad en ella. Por un lado, María es la “llena de gracia”, y por lo tanto, es el icono de la humanidad redimida por el poder de Dios, el icono del triunfo de ese poder sobre el mal y el pecado... (Por eso pondrá las Congregaciones bajo el título de María Inmaculada) Por otro lado, ella es la “madre”, es decir, la “creyente”, la mujer de la fe, que por esa misma fe engendra a Cristo. María es también el icono de la humanidad en cuya fe, por obra del Espíritu, se genera al Redentor.

María es la respuesta perfecta de la humanidad al amor de Dios. Si Cristo es el icono del Dios Redentor, María lo es de la humanidad redimida. Y no de forma pasiva sino activa, por la fe. María nos muestra cómo la salvación que viene de Dios no se impone sino que se ofrece y por eso, requiere y aguarda la aceptación libre del hombre. Esta aceptación es precisamente lo que llamamos fe, una fe de la que María es el mejor exponente y la mejor educadora.

Doscientos años después de la Revolución Francesa, humus en el que germinó nuestro carisma marianista, estamos viviendo otra revolución de tanto, o incluso mayor, impacto cultural y social. A nadie se le escapa que estamos pasando por un tiempo de crisis profunda en la concepción del mundo, del hombre y de sus relaciones con cuanto le rodea. Una nueva forma de civilización está emergiendo. Igual que en el tiempo del P. Chaminade, esta nueva realidad tiene su doble impacto, en las personas y en las instituciones.

La apostasía y la increencia rebelde del tiempo del P. Chaminade, ha dado paso a lo que quizás es todavía peor, la indiferencia. En el tema de la fe, el problema ya no es dar respuesta a las preguntas planteadas por la razón (así surgió toda la apologética de los siglos XIX y XX) sino hacer que surjan las preguntas que posibiliten la respuesta

creyente. El hombre de hoy ya no se rebela ante la fe y la cuestiona. Simplemente se sitúa al margen, es indiferente ante ella, pasa de ella.

Nuestra época es el fruto último de la Revolución Francesa. Si con ésta se inauguró lo que se ha llamado *la modernidad*, hemos entrado en una nueva época, que por no saber muy bien qué va a ser, la han calificado simplemente *postmoderna*. La época moderna creía que la salvación del hombre estaba en el dominio de la razón, en el mundo de las ideas, es decir, en el pensamiento racional, conceptual. La razón, el conocimiento, la lógica y los sistemas absolutos de pensamiento se convirtieron en el ámbito en que el hombre buscó su certeza... Pero con la exaltación de la razón vino la disgregación. Emergen diferentes ópticas, diferentes lógicas, diferentes ideologías... En lugar de la certeza apareció la confusión. Y lo que es peor, la tiranía de las ideologías que se impusieron por la violencia y la fuerza, ahogando la libertad. Las dos guerras mundiales demostraron la irracionalidad de las razones humanas, y la caída del muro de Berlín dio la puntilla al poco prestigio que les quedaba a las ideologías que pretendían explicar el mundo. El hombre *postmoderno*, el que resulta de esta historia reciente, es un hombre cansado de la razón y de la lógica, entregado, en consecuencia, al sentimiento y a lo sensorial, o incluso a la sensualidad simple y llana. Ya no hay para él “razones”, sólo “opiniones”, cuya verdad ya no se apoya en la realidad objetiva (ni siquiera lo pretende), sino en la mera percepción sentimental interna. “Es tu opinión; yo tengo la mía.”

Es evidente que una situación así cierra totalmente la puerta a la fe. Y mucho más todavía, dicho sea de paso, a la vocación, puesto que tanto la una como la otra hacen referencia a alguien que llama desde fuera de mí, y que, al tiempo que se me ofrece, me solicita. Y si quiero caminar con él mi vida, he de abrirle la puerta y salir de mí mismo en respuesta a su llamada. El ensimismamiento del hombre, encerrado en su subjetivismo, es el gran obstáculo para la fe en el mundo de hoy.

¿Qué hacer en estas circunstancias históricas que nos toca vivir? Discípulos de nuestro Fundador, herederos de su inquietud misionera, no podemos dejar de plantearnos esta pregunta: ¿cómo dar respuesta a las necesidades de nuestro mundo en orden a abrirlo, a propiciar su apertura a la fe? La evangelización no puede consistir en llevar ideas a un mundo que está lleno y un poco hartado de ellas. Ni los discursos ni los documentos van a provocar la fe sino la indiferencia, cuando no el rechazo. Lo sabemos bien, incluso por propia experiencia. En una palabra, ni la moral ni los dogmas tienen impacto evangelizador en el mundo de hoy. Quizás no lo han tenido nunca porque no es lo suyo evangelizar. **Son frutos y no raíz de la fe.** Son consecuencia de lo que se cree, no causa por la que se cree.

El esfuerzo evangelizador tiene que ponerse en sacar al hombre de su ensimismamiento para devolverlo al mundo relacional del que no puede separarse sin condenarse a sí mismo a la perdición. La persona humana es un ser en relación, que se hace en la relación y que, por lo tanto, se niega a sí mismo cuando se encierra en sí mismo y proyecta el mundo desde sí mismo. Ahora bien, el único medio que tenemos para ayudar al hombre de hoy a salir de su ensimismamiento es llevarle a descubrir que su salvación está en recuperar esa relación “fundante” que es la única que le hace verdaderamente persona: la que busca exclusivamente el bien del otro, la que se impone sin avasallar, la que solicita sin dominar, la que da sin pedir nada a cambio, y respeta

siempre la libertad del otro. En una palabra, la que se nos ofrece en el amor de Dios. El único lenguaje con el que evangelizar al mundo es el del amor de Dios. Hasta que el hombre no lo descubra, no accederá a la fe, que no es sino la respuesta amorosa y libre, en reconocimiento de tanto bien recibido de Él.

Es evidente que el retorno a María en el episodio de la Anunciación-Encarnación del Hijo de Dios no sólo como anuncio sino también como propuesta evangelizadora, se hace urgente en nuestro tiempo. La Anunciación sigue y seguirá siendo siempre el relato raíz de la salvación, **el icono de la auténtica “relación fundante”, la que Dios ofrece al hombre**, la que está en la base de la redención de la humanidad, del Reino y reinado de Dios. Si la misión de la Iglesia, si nuestra misión, dejara de tener su punto de mira en este relato, traicionaría el mismísimo plan de Dios.

Esta visión, que es típicamente chaminadiana, está en el corazón del carisma misionero que de él hemos heredado. “Somos el talón de María, que aplastó a la serpiente”, diría el P. Chaminade. Por eso nos llamamos “marianistas”. “A Ella (María), está reservada en nuestros días una gran victoria, a Ella corresponde la gloria de salvar la fe del naufragio de que está amenazada entre nosotros. Nosotros hemos comprendido este designio del cielo, mi querido hijo, y **nos hemos apresurado a ofrecer a María nuestros débiles servicios para trabajar a sus órdenes y combatir a su lado.**”

Así pues, lo que define nuestro particular modo de contribuir a la evangelización del mundo, es decir, lo que define el modo como los marianistas nos situamos en la misión de la Iglesia, es que lo hacemos “al modo de María”, tratando de prolongar su misión, su manera de contribuir a la venida del Reino. La peculiaridad de nuestra aportación a la misión de la Iglesia, que no es otra que el Reino anunciado por Cristo e inaugurado en él, no está en nuestras obras, en nuestras tareas y servicios -otros también hacen lo que nosotros hacemos- sino en el cómo nos situamos en lo que hacemos, desde dónde, cómo y para qué lo hacemos. Y la respuesta a estos interrogantes la encontramos en la misión de María, paradigma de la nuestra. Para revitalizar, pues, nuestro sentido misionero, necesitamos vivirlo en unión con María y alimentarlo de su estilo, tal y como nos lo presenta el Nuevo Testamento. Dos son, principalmente, los episodios evangélicos que contemplan a María “en misión”: la visitación a Isabel, en el evangelio de Lucas, y las bodas de Caná, en el de Juan.

En mi segunda circular, *En misión con María*, dediqué un buen número de páginas a los rasgos que, a mi juicio han definido y deben seguir definiendo la misión marianista, partiendo de la contemplación de María en Caná (Jn 2,1-11). Los recuerdo sintéticamente aquí:

- **Presencia antecedente.**

*“Y al tercer día se celebraron unas bodas en Caná de Galilea y la madre de Jesús **estaba allí**. Fue invitado también Jesús y sus discípulos a las bodas.”*

“María -escribía- es presentada de modo distinto a como son presentados Jesús y los discípulos. Estos vienen invitados; la madre de Jesús ‘estaba allí’. Forma parte de aquellas bodas y su presencia precede a la de Jesús y sus discípulos.

Después de que Jesús haya manifestado su gloria y los discípulos hayan creído en él, se unirá a ellos. Pero antes de que ‘el signo’ acontezca y dé paso a las bodas de la abundancia, María ‘estaba allí’, en aquellas bodas que iban a acabar frustradas por la falta de vino”.

“Esta presencia previa, ‘antecedente’, que sitúa a María en la frontera entre lo viejo y lo nuevo, entre la humanidad carente y la sobreabundancia de la gracia ofrecida en Cristo, debe ser también un rasgo de la presencia de la Iglesia en nuestro mundo. Hay que estar en él para que, con y como María, abra las puertas al Redentor desde dentro de sí mismo, para que cruce la frontera de la fe. Y esta presencia ‘antecedente’ se hace más urgente cuanto más se aleja el mundo de esta frontera. No puede cumplir su misión una Iglesia que, ante la ‘lejanía’ del mundo, se repliega en sí misma. La madre de Jesús ‘estaba allí’. Estar allí, donde el mundo se aleja más de la fe es, pues, uno de los retos para nuestra misión.

- **Atención compasiva y esperanzada a las carencias y pobreza del mundo.**

*“Llegando a faltar el vino, la madre de Jesús le dice: ‘No tienen vino’”.*

“La presencia de María es vigilante y atenta, como corresponde al creyente. Su fe ilumina con luz nueva la realidad que le rodea y confiere una penetración singular a su mirada. La hace clarividente. Capta así las verdaderas carencias, aquellas que impiden que las bodas concluyan en la fiesta del buen banquete; aquellas, en definitiva, que no hacen posible que el Reino de Dios se manifieste con toda su gloria”.

“Al mismo tiempo, su presencia es ‘com-pasiva’, es decir, vivida desde la solidaridad del que ‘padece-con’. Las carencias despiertan en ella la memoria de las propias. Ella es también en sí misma carente, pobre. Pero, a la par que ‘compasiva’ es ‘esperanzada’, abierta a la esperanza, porque experimentó en su propia carne cómo el Señor torna la pobreza en riqueza cuando, por la fe, se abandona entre sus manos. Por eso, se dirige a él: ‘No tienen vino’”.

- **Celo por la fe-obediencia a la palabra del Señor.**

*“Dijo su madre a los sirvientes: ‘Haced lo que él os diga’”.*

“Con estas palabras, María abre la carencia a la verdadera esperanza, la falta de vino a la posibilidad de gozar del mejor; y, lo que es más importante todavía, hace posible que se manifieste la gloria de Cristo y pueda ser reconocido como Señor, como salvador, como la única y verdadera esperanza”.

“Es interesante constatar que, aunque las palabras de María suponen y llevan implícito el reconocimiento creyente del señorío de Jesús por su parte, no lo explicitan ni lo proponen de entrada a los que se dirigen. Las palabras de María son, simple y llanamente, un mandato de obediencia a su palabra. No está en nuestras manos poder sanar la indigencia del hombre, rescatarle de sus carencias. Tampoco en las de María, pobre y limitada como nosotros. Pero, con María, sí sabemos quién puede y que lo único que nos va a pedir es poner a disposición de



su palabra nuestra limitación y nuestra pobreza, en un acto de confianza pura, ciega, desnuda, que sólo se apoya en él como única razón por encima de todas las nuestras. Llenar de agua las tinajas **por obediencia a su palabra**, y llenarlas hasta arriba, cuando se espera el vino; echar la red para pescar cuando se ha pasado la noche sin capturar un solo pez, sólo **porque él lo dice**; desprenderse del trozo de pan y del poco pescado que uno tiene para sí **porque él lo requiere** para alimentar a cinco mil; correr la lápida del sepulcro **obedeciendo a su mandato** aunque el muerto ya huele... Así, y sólo así, a través de la fe-obediencia, es como la realidad de nuestro mundo queda abierta a la manifestación del poder salvador del Señor. ‘Y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos’”.

- **Generando comunidad.**

*“Después de esto, (Jesús) descendió a Cafarnaún, él y su madre y sus hermanos y sus discípulos, y no se quedaron allí muchos días.”*

“El primer efecto y, por ello, el primer signo del nuevo ‘banquete de bodas’ es el surgimiento de la comunidad, la aparición en el mundo de una fraternidad nueva, integradora y universal. Integradora porque Jesús llegó a las viejas bodas con sus discípulos, la ‘nueva familia’ que se había formado en torno a él antes de aquel ‘tercer día’ que completaría la semana que comenzó con el testimonio de Juan el Bautista<sup>11</sup>. Sale de las nuevas, habiendo integrado en ella la ‘vieja familia’, su madre y sus hermanos. Y a la par que integradora, la nueva comunidad es geográficamente universal. Se encarna, lógicamente, en un espacio, Cafarnaún, pero no se cierra en él: ‘no se quedaron allí muchos días’”.

“Este último versículo del relato de las bodas de Caná, nos remite claramente a aquella primera comunidad cristiana de Jerusalén<sup>12</sup>, descrita por Lucas en los Hechos de los Apóstoles, en la que la madre de Jesús y sus hermanos están integrados, a la que el Señor va ‘agregando’ los que se convierten a él (Hech 2,47). La nueva comunidad ofrece al mundo el testimonio del ‘nuevo banquete’, en el que ya no hay necesitados porque nadie considera lo suyo como propio, porque todo se pone en común, porque reina en ella la comunión, ‘un solo corazón y una sola alma’ (Hech 4, 32-35; cf. 2, 42-47)”.

---

<sup>11</sup> Jn 1, 19-28. A partir de este testimonio, el evangelista nos va describiendo la formación de la comunidad a base de encuentros con Jesús que se van sucediendo “al día siguiente” los unos de los otros. El cómputo de esos días, desde el día del testimonio de Juan hasta el de las bodas de Caná, es siete, una semana.

<sup>12</sup> Que el evangelio de Juan sitúe tanto el “primer signo” de la redención como la primera comunidad cristiana en Galilea y no en Jerusalén, es una muestra más, por una parte, de su particular polémica con el mundo judío, que ha rechazado la salvación ofrecida por Dios en Cristo, y, por otra, del carácter “excéntrico” de su comunidad en la Iglesia. Esta excentricidad, que tiene su manifestación más clara en la preeminencia que se da al “Discípulo Amado” sobre Pedro, es vivida, sin embargo, desde la comunión profunda: “un solo rebaño y un solo Pastor” (10, 16). La oración sacerdotal de Jesús manifiesta cómo el valor de la comunión es irrenunciable para el cristiano (17, 1-26). El reconocimiento en el epílogo de la misión de Pedro como el pastor del rebaño, la expresa de facto.

De la contemplación del otro relato evangélico que nos presente a María “en acción”, la visitación de María a Isabel (Lc 1, 39-45), podemos deducir algunos otros rasgos marianos de la misión de la Iglesia y que, por ser marianos, también debemos considerarlos como propios de la misión marianista. En este episodio, María es la portadora de Cristo y, por ello, la transmisora del Espíritu. Tras su saludo, Isabel “quedó llena del Espíritu” y, de este modo, accedió a la fe. Tras la recepción del Espíritu, Isabel proclama su confesión de fe en Cristo, la primera en el evangelio de Lucas, como ya he hecho notar antes. El efecto de la visita de María es, pues, paradigma del deseado en toda acción evangelizadora de la Iglesia. Es evidente que Lucas nos presenta aquí a María como verdadera misionera. Pero, ¿qué hace? ¿Cómo “evangeliza”?

Para responder, os invito a ir recorriendo los verbos que describen los “movimientos” de María en este episodio. Ellos diseñan ante nuestros ojos un verdadero mapa de los “movimientos” propios de toda misión.

- **"Se levantó..."**

"Levántate" es la primera orden del Señor para la misión a Moisés (Ex 8,16; 9,13; Dt 9,12; 10,11), a los profetas (1Re 17,9; 19,5-7; Jon 1,2; 1,6; 3,2), a José ((Mt 2,20), a Felipe, a Pablo... (Hech 8,26; 9,6...)). Es la condición de quien lleva en sí la nueva vida del Señor, que vence todos los inmovilismos, todas las parálisis, todas las muertes...

- **"Se fue apresuradamente..."**

La misión es siempre un "ir a...". Tras el "levántate", siempre viene el "... y vete a...". La misión desinstala, es un "salir hacia...". El enviado, el misionero, conoce las resistencias -recordemos a Jonás- pero va. Y va con premura, la premura derivada de la "urgencia del Reino" (1Cor 9,16), para la cual es necesario el desprendimiento, caminar "ligeros de equipaje". Bajo esta perspectiva, podemos comprender mejor las instrucciones de Jesús a sus discípulos cuando los envía en misión (Mc 6,7-12).

- **"Entró en casa de Zacarías..."**

María no espera a que vengan a su casa, a donde está ella, sino que sale "en busca de" y **entra** donde está el otro, donde el otro vive. Esta "entrada" que, en lo interpersonal se identifica con la capacidad de situarse en lugar del otro y penetrar en su vida, y en lo socio-cultural se llama "inculturación", supone despojo de sí mismo. Como la "entrada" del Señor en nuestra casa, la casa de la humanidad (Filp 2,1-11).

- **"... y saludó a Isabel".**

El misionero no "entra" de cualquier modo en la casa del otro. Entra con el saludo por delante: ¡PAZ!

Ese fue el saludo de Dios cuando el Hijo entró en el mundo (Lc 2,14); así mandó el Señor que hicieran sus discípulos cuando entraran a una casa (Mt 10,13); así se presentaba él en medio de ellos (Lc 24,36).

Paz significa alegría, reconciliación, amor, libertad... El misionero no "entra" en la vida de los demás con un mensaje de condena, de agresión, de intimidación, de dominio,...

*"La Iglesia se dirige al hombre en el pleno respeto de su libertad. La misión no coarta la libertad sino más bien la favorece. La Iglesia propone; no impone nada: respeta las personas y las culturas, y se detiene ante el sagrario de la conciencia. A quienes se oponen con los pretextos más variados a la actividad misionera de la Iglesia, ella va repitiendo: '¡Abrid las puertas a Cristo!'" (Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, 39).*

\*\*\*\*\*

Espero que este sucinto recorrido nos haya ayudado a redescubrir la función de María en la evangelización. Es el mejor icono del creyente, de quien, saliendo de sí entrega su vida en manos de aquél que le ha colmado de las gracias y bienes de su amor; el mejor modelo de la fe auténtica y radical, antecedente a todo dogma y a toda moral; la mejor imagen del portador de Cristo a la humanidad. Ella no dejará nunca de ser, pues, quien abre las puertas de este mundo a la relación salvadora con Dios. Ella es auténticamente misionera. Los marianistas seguimos reconociendo con el P. Chaminade que *"todas las herejías han tenido que inclinar su frente ante la Santísima Virgen, y poco a poco Ella las ha reducido al silencio de la nada"*. *"El poder de María no ha disminuido. Creemos firmemente que Ella vencerá este herejía como todas las demás"*. También, por supuesto, la indiferencia de nuestro tiempo.